

## INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

## QUAM OBLATIONEM.

PSALMO XXXII.

vers. 9.

*Dixit, y fuéron hechas las cosas.*

El Profeta habla en este lugar de las obras exteriores del Señor todo poderoso. Todas las cosas se han hecho por la palabra de Dios, y ella es quien ha dado á la nada su fecundidad, y á los seres creados su medida, su forma y su propiedad. Por un solo acto de su voluntad suprema han obedecido con toda prontitud á su voz las criaturas espirituales y corporales, quando las obras del hombre jamas se hacen sin esfuerzos y trabajos. Este mismo Dios es

el que va á hablar en el momento de la consagracion, y va á producir por su palabra efectos mucho mas admirables que el mundo y todas sus maravillas; y así la Iglesia quiere que nos preparemos á escucharle con un temor respetuoso. Este es el efecto que producirá la oracion que precede inmediatamente á la consagracion, materia de este breve discurso, si la meditamos atentamente: escuchemos por tanto lo que nos dicen los antiguos Padres, para que comparando las ideas que nos dan con las que hemos formado hasta este dia, lleguemos á convencernos de que nuestro poco fervor proviene de no haber hecho de materia tan importante el objeto de un estudio serio y reflexionado.

Aunque la oracion de que tratamos pertenece á la tradicion, y no pueda compararse en manera alguna con las palabras de Jesu-Cristo que van á obrar el mayor de todos los misterios; sin embargo ellas tienen con este misterio mismo y con las palabras de la consagracion un enlace tan íntimo, que los Padres de la Iglesia no han dudado mirarlas como una parte de la consagracion misma. San Ambrosio las llama

ma palabras celestiales: San Paulino las atribuye el mismo efecto que á las palabras de la consagracion: Orígenes da igualmente el nombre de consagracion á las palabras de Jesu-Cristo, y á las bendiciones que las preceden; y en la profesion de fe que exigió la Iglesia de Berengario en un concilio celebrado en Roma, hácia fines del siglo XI. ordenó que este Heresiarca confesase que el Cuerpo y la Sangre de Jesu-Cristo estan real y substancialmente en la santa Eucaristía por medio de la oracion sagrada, y de las palabras de Jesu-Cristo. Sin embargo la Iglesia no atribuye á estas palabras la misma virtud que reconoce en las de Jesu-Cristo mismo. Ello es de fe que la substancia del pan y del vino no se transforman sino en el momento en que el Sacerdote ha pronunciado aquellas palabras divinas; pero tambien era esencial al Sacramento que se explicase la intencion de la Iglesia que le ofrece; y así todo Sacerdote que ofrece en su nombre, no puede obrar validamente este augusto Sacramento, sino en tanto que conforma su intencion con la de la divina Esposa del Cordero: de mane-

ra que si puede decirse que estas palabras: *Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre*, obran todo el misterio; su puede decir tambien que le preparan todas las palabras que componen la oracion de que tratamos.

El Sacerdote la empieza con las manos juntas, y no las separa sino para bendecir los dones que va á ofrecer haciendo tres cruces sobre la oblation en general, y despues una en particular sobre la substancia del pan, y otra sobre la substancia del vino. El uso de hacer la cruz en la administracion de los Sacramentos sirve para probar que ellos no obran sino por la virtud de esta señal divina; pero esta observacion es del todo inútil con respecto á un Sacrificio que es el mismo que el de la cruz; y así todos los fieles que tienen la instruccion debida de los fundamentos de nuestra santa religion, conocerán que quanto mas se acerque el Ministro al momento de ofrecerle de una manera inercuenta, tanto mas debe usar la señal que recuerda una oblation que ha sido hecha de una manera cruenta. La explicacion pues de

la oracion misma nos dará una idea completa de esta importante verdad.

*Te rogamos, Señor, te dignes hacerla en todo bendita, dedicada, aprobada, razonable y agradable: para que se convierta para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de tu muy amado Hijo y Señor nuestro Jesu-Cristo.*

¿Será posible explicar en ménos palabras un misterio tan grande? *Te rogamos*; es decir, no nos reconocemos con otro derecho para un favor tan señalado que el que nos da tu misericordia para pedirte, y no esperamos sino en la confianza de que no nos faltarás.

A ti, que siendo Dios, haces quanto quieres; á ti, que siendo justo, quieres que el pecado sea abolido y restablecida la justicia; á ti, que siendo Santo, exiges la reparacion del pecado; á ti, que siendo bueno, pides que sea justificado el pecador y que viva; á ti pues dirigimos nuestras súplicas.

*Te rogamos* que obres en favor de esta oblacion la mayor de todas las maravillas. Tus dones mismos son los que vamos á ofrecerte; pero unas criaturas materiales é insensibles no tienen, Se-

ñor, poder bastante para moverte: si nos atrevemos á presentartelos, es por que tu Hijo mismo los ha escogido, y esta eleccion ha hecho de dones tan preciosos una oblacion pura y sin mancha; pero si los ha escogido, es para darnos bendiciones las mas abundantes.

*Te rogamos te dignes hacer esta ofrenda en todo*; es decir, que las bendiciones que van á santificarla comprendan todas las cosas, y que contengan en sí el germen de todas las gracias, y el principio de todas las demas bendiciones, que colmen nuestros deseos, que llenen todas nuestras necesidades, y satisfagan todas nuestras obligaciones.

*Te rogamos que esta ofrenda sea bendita*; es decir, que no se confunda con los dones materiales y perecederos; que si algunas veces reciben la bendicion, no pueden transmitirla; que por todas partes donde se reciba lleve las bendiciones por las cuales ella misma haya sido dedicada; que no sea desechada como esas víctimas que Dios habia detestado; que el Sacerdote que la ofrece y los fieles por quien se ofrece, no sean reprobados, como lo fué en

otro tiempo el fratricidio de Cain; que ella sea aprobada de manera que no haya en adelante entre nosotros alteracion ni mudanza de Sacrificio, como experimentó Israel en otro tiempo: sino que cumpliéndose la palabra del Profeta, la oblacion pura y sin mancha sea siempre ofrecida desde el nacimiento del sol hasta su ocaso en todos los lugares y tiempos mientras duren los siglos; que ella sea razonable; es decir, no como esas víctimas privadas del uso de razon que se inmolaban en la antigua ley, las quales no podian reparar por un acto de su voluntad el abuso que habia hecho el hombre de la suya, sino que sea verdaderamente razonable, convirtiéndose en el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de aquel que es la razon por esencia, y la sabiduría infinita; que ella presentada por nuestras manos sea agradable, como lo es en efecto luego que se convierte en el Cuerpo del Hijo muy amado, objeto de las delicias del Padre, á fin de que seamos tambien con él sus delicias, y el objeto de sus misericordias. Esta ofrenda será en efecto agradable para nosotros y para Dios. Este Señor en-

contrará esencialmente en ella una reparacion proporcionada á su Magestad suprema, y á la injuria que ha recibido del hombre; y para nosotros será agradable por la aplicacion que su misericordia se dignará hacernos del Sacrificio, y por los derechos que adquiriremos á la remision y á la indulgencia que nos ha merecido. En fin pedimos que se convierta para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de Jesu-Cristo.

Al pronunciar estas palabras no puedo ménos de traer á la memoria aquellas de la Escritura, en que Dios dice que se haga la luz. La Iglesia dice tambien, que sean hechos para nosotros el cuerpo y la sangre de Jesu-Cristo; y en esta expresion simple y natural nos da una idea de la viveza de su fe, y de la firmeza de su esperanza: asegurada del efecto de su peticion, no quiere valerse sino de una sola palabra. El Hijo muy amado es el que va á presentarse sobre el Altar. ¡Qué mudanza tan prodigiosa! ¿Tiene acaso comparacion con ella la de la luz que sucede á las tinieblas? Quando yo comparo estas dos palabras, hágase la luz, sean hechos el cuerpo y la sangre; éste

último prodigio me hace olvidar y perder de vista el primero, porque en éste veo que mi Dios muestra su misericordia, y en aquel hace brillar su poder. Así pues le diré en adelante trasportado en amor y reconocimiento, háganse el cuerpo y la sangre de Jesu-Cristo, mi Salvador, y tomen el lugar de ese Pan visible para prepararme un maná invisible; sostitúyase á este alimento grosero el Pan de los Angeles, el trigo de los escogidos, y el vino que engendra la pureza, la inocencia y el candor de las vírgenes. Hágase así como lo ha ordenado, y yo lo deseo, para que sea la prenda de mi redencion, la señal de mi eleccion, y el principio de mi santificacion: hágase en presencia de los Angeles que le adoran, de los Santos que le glorifican, de la Iglesia que le invoca, de los Ministros que le ofrecen, y de los fieles que le esperan con un santo deseo; y Dios, que se digna obrar este prodigio en favor nuestro, no nos mire en adelante sino como hijos asociados con Jesu-Cristo á la qualidad de hijos suyos, porque en efecto hemos sido reseata-

dos á un precio mucho mas excelente que el oro mas precioso.

Esta es, hermanos míos, una breve explicacion de las palabras de que se compone esta oracion sagrada; pero voy á presentaros otra muy sencilla que nos suministra un autor antiguo muy respetable. Rogamos, nos dice, á la Magestad suprema que bendiga esta ofrenda, para que estas bendiciones recaigan sobre nosotros: le pedimos que sea dedicada, para que por ella seamos nosotros escritos sobre el libro de la vida en el número de los escogidos de Dios, y de los ciudadanos del cielo: le suplicamos que sea aprobada, para que seamos contados por ella en el número de los que Jesu-Cristo recoge en las entrañas de su misericordia: le conjuramos que sea razonable, para que por ella no seamos ya mirados como bestias sin inteligencia que siguen los apetitos desordenados de sus sentidos. Finalmente solicitamos que la divina misericordia mire con ojos favorables esta hostia, á fin de que ya que por nuestros pecados nos hemos hecho los objetos de la abominacion y de la ira de Dios, nos indentifiquemos

en algun modo con su hijo único que es el objeto de sus delicias y de su amor.

Nada me parece que puedo añadir, hermanos míos, á unas reflexiones tan sólidas; si las meditaís atentamente, encontrareis en ellas los principios mas propios para ilustrar la fe, alimentar la piedad y animar el espíritu de religion. Estas palabras que preceden inmediatamente á la grande acción del Sacrificio, serán muy eficaces para prepararos á recoger frutos mas abundantes; y así meditaídas ínterin llega el momento de presentaros otras infinitamente mas santas y terribles. En la instrucción próxima fixaremos los ojos de nuestra fe sobre las palabras sacramentales; pero para meditar como corresponde un objeto tan importante, se requieren disposiciones muy santas. La religion nada nos ofrece mas grande y sublime, porque estas palabras encierran en sí el principio de nuestra vida en el tiempo, y el germen de nuestra bienaventuranza inmortal. Así sea.

## INSTRUCCION

SOBRE

## LA CONSAGRACION.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,  
cap. 22. v. 19.

*Esto haced en memoria de mí.*

No confundamos, mis hermanos, este precepto con los mandamientos que daba Dios en otro tiempo á su pueblo. Estas palabras anuncian un Sacrificio no de la naturaleza del que exigió Dios del fiel Abraham, y para el qual debia sofocar todos los sentimientos paternales: no de la especie de los que Jesu-Cristo prescribió tantas veces en su Evangelio, para cuyo cumplimiento es indispensable renunciar las cosas mas queridas, crucificar la carne,

practicar todo género de obras de penitencia, llevar la cruz y morir al mundo. Jesu-Cristo no exige aquí nada que no sea suyo. La víctima que pide es de un valor infinito, y el que la ofrece le encuentra en el precepto mismo. *Esto haced en memoria de mí:* como si dixese, entre todos mis preceptos de ninguno soy tan zeloso como de éste, porque entre todos es el mas saludable, y el que da mayores pruebas de mi grande misericordia: este precepto es para todos los fieles; para todos los estados; para todas las circunstancias, y para satisfacer todo género de necesidades. *Esto haced en memoria de mí,* y estad persuadidos que yo mismo soy el que hablo por la boca del Sacerdote, el que obro por su ministerio, y el que me sacrifico por la espada espiritual que pongo entre sus manos. *Esto haced en memoria de mí,* y transportaos con la fé al lugar, al tiempo y á las circunstancias en que he consumado este grande Sacrificio, para que esta misma fé llene vuestro corazon de los sentimientos que me han animado. Esto es en compendio el objeto, el espíritu, y el fin

de las palabras sacramentales que vamos hoy á explicar; y así os pido que renovéis la atencion y la piedad.

No trato de investigar el origen de esta oracion por entre la obscuridad de nuestras historias, para presentaros su verdadero sentido. Es incontestable que estas palabras: *esto es mi Cuerpo: esta es mi Sangre,* fuéron pronunciadas por Jesu-Cristo, y que se han conservado hasta nuestros dias sin la menor alteracion; pero lo que conviene estudiar es el nombre que ha dado siempre la Iglesia á esta parte de la Misa, y las ceremonias que ha observado. Los Santos Padres nos la designan baxo el nombre de accion y de consagracion: de accion, porque Jesu-Cristo obra verdadera y eficazmente para nosotros, de manera que no hay en el orden de la naturaleza cosa alguna que merezca con tanta propiedad el nombre de accion. Esta es la mas grande y la mas excelente de las acciones por su principio, por su naturaleza, y por su fin. Por su principio, Dios ha hecho todo quanto existe: él es quien obra, y quien obrando lo repara todo, la santifica todo, lo vivifica todo. Por su naturaleza esta ac-

cion es propiamente la única de nuestra religion santa, porque todo lo que dice la Iglesia, hace y observa, se refiere de tal manera á ella, que no hay una oracion, ni una bendicion que no saque de aquí su mérito y su valor. Por su fin, esta accion se refiere únicamente á Dios, el qual siendo el centro de toda perfeccion, es honrado, santificado, y apaciguado de una manera digna de su grandeza.

Esta es una accion de parte de Jesu-Cristo, y lo es igualmente de la nuestra. Por esto debemos obrar con él, y por él de manera que nuestro espíritu obre creyendo, nuestro corazón amando, nuestro cuerpo postrándose en su presencia, y nuestra voluntad inmolándose pronta y generosamente. Entretanto que la accion de la cabeza se comunica á los miembros, todo el cuerpo místico, que es la Iglesia, se resiente de esta terrible accion: la del cielo con alabanzas y cánticos en honor de la víctima: la de la tierra con las adoraciones profundas que dirige á esta Divina Hostia, y la paciente con los consuelos y esperanzas que la procura este Sacrificio. Los

miembros separados de este cuerpo deben resentirse igualmente de esta accion: los reprobados por el pesar de no haberse aprovechado de los medios de salud que han tenido en su mano, y los Angeles rebeldes por la rabia que les causa la eficacia del Sacrificio.

Esta accion se llama tambien *Consagracion*: se llaman regularmente consagradas todas las cosas que se dedican á los usos santos, como si se dixese: esto por su destino es santo y sagrado, como el Dios á quien se ofrece. La inteligencia de esta palabra nos debe suministrar reflexiones muy útiles sobre la esencia y los efectos de esta parte de la Misa. La Iglesia hace una verdadera *Consagracion* de los dones que ofrece, pues aunque son materiales por su naturaleza, se hacen santos por su destino, por las oraciones y bendiciones con que se preparan, y por las disposiciones de fe y de caridad con que los presenta. Esta es una verdadera *Consagracion* por la mudanza que hace Jesu-Cristo de estas substancias en su Cuerpo y en su Sangre. En efecto, ellas se convierten en una víctima pura, santa, perfecta, razonable, y de tal manera



consagrada á Dios, objeto de este Sacrificio, que ya no tendrá otro destino que el de ablandar su justicia, de reconocer su grandeza, de honrar su sabiduría, y de excitar su misericordia. Esta es una *Consagracion* para nosotros, que inmolados por la union á nuestra cabeza, nos consagramos al Señor por esta accion misma, de tal manera que el menor pecado es una especie de sacrilegio y de impiedad: sin embargo apenas pensamos en esta *Consagracion*, y mucho ménos consideramos que la Iglesia nos ofrece al Señor en esta parte de la Misa, y que renueva este voto tantas veces quantas se repite esta accion: nosotros mismos le ratificamos quando asistimos á este Sacrificio, y le violamos quando reusamos ofrecerle, ó no le ofrecemos con la pureza que corresponde. Sí, siempre que salimos del Sacrificio sin una voluntad real y positiva de vengar en nosotros el pecado con duras penitencias, de restablecer el reyno de la justicia con la vigilancia, y de llenar, con respecto á Dios, las obligaciones que nos impone la qualidad de víctima, nos hacemos reos de un perjurio verdadero.

Pero si el nombre solo de esta parte de la Misa encierra tantas Instrucciones, la Iglesia tambien nos instruye con las ceremonias destinadas á esta tremenda accion, colocándola en algun modo en el centro de todas las demas oraciones, para darnos á entender que su santidad misma exige de nuestra parte el mayor respeto, y el mas vivo reconocimiento. Todas las oraciones y ceremonias precedentes han servido para anunciarnos su excelencia, y formar en nosotros las disposiciones mas santas y las demas que siguen se dirigen á aplicarnos sus frutos; pero en el momento mismo de esta accion nos indica la Iglesia nuevas disposiciones, y nos inspira nuevos sentimientos por medio de las prácticas y ceremonias que observa. En otro tiempo estaba el Santuario separado por un velo del lugar donde se colocaban los Ministros que no oficiaban. Este velo estaba echado, y lo está todavia en el principio del Cánón en algunas Iglesias Catedrales; pero al llegar el punto de la *Consagracion* se levanta á fin de que todos los asistentes puedan unirse de una manera mas inmediata al tremendo misterio; y en las Iglesias, don-

de no está en uso este velo, se les advierte con la campanilla que se va á obrar el mayor de todos los milagros. El Sacerdote se arrodilla ántes y despues de alzar, y el Pueblo se inclina profundamente. Los Cartujos conservan todavia el uso de postrarse enteramente, y en ciertos dias se quedan en esta postura hasta que se ha concluido el Cónon: tanto es el respeto que exige el tremendo misterio que se obra; pero aquel Señor que dixo á su Pueblo: *no rasgueis vuestros vestidos, sino vuestros corazones*: nos dice tambien en este momento: no pido que vuestro cuerpo se postre si esta postura no es la expresion fiel de un corazon verdaderamente humilde en mi presencia, de un alma anonadada á mis pies con un espíritu de contricion y de dolor. Nada me importa que esteis postrados durante esta accion, si vuestro espíritu sigue los mismos proyectos de injusticia, y si todos vuestros caminos anuncian la misma inconstancia en el bien, y la misma inclinacion ácia el mal.

El Profeta decia: *mi alma está apegada al pavimento de vuestro templo.*

En efecto, el abatimiento y la humildad del corazon son las disposiciones mas propias para honrar al Dios de toda santidad. ¿Pero será posible que los Cristianos se postren sin hablar con humildad, y que su alma esté en algun modo apegada á los bienes del mundo, miéntras que su cuerpo se inclina y se postra delante de la víctima?

Esta ceremonia se dirige á honrar é imitar el abatimiento profundo de Jesu-Cristo, el qual en este momento se postra verdaderamente delante de la magestad de su Padre. ¿Puede acaso hacer un acto de mayor baxeza aquel que es Dios, como el que le ha engendrado desde la eternidad, aquel que está sentado como hombre á la diestra de la Magestad Divina? ¿Aquel que siendo el Santo de los Santos está del todo separado de los pecadores, puede mostrar una humildad mas profunda, un abandono mas perfecto? El es el Rey de los Reyes, y escoge para trono un altar: él es el dominador de las naciones, y obedece á la voz de un Sacerdote: él es el Juez de vivos y muertos, y está sujeto al rigor de

los juicios de su Padre. ¡O profundidad; !ó abismo de abnegacion y de humildad; !Tú solo es el que honras segun corresponde al Dios á quien pertenecen la gloria, el honor y el imperio! ¿Qué deberé yo decirme á mí mismo quando te veo elevado por las manos del Sacerdote, y expuesto á mis adoraciones? Aunque me postre en la presencia de la adorable víctima, ella lo estará mas delante de su Padre. Jesu-Cristo es hombre, y es víctima, y baxo esta doble relacion es infinitamente inferior á su Padre: yo soy hombre y pecador, y estas dos qualidades tan despreciables y humillantes me acercan á Jesu-Cristo: yo adoro su divinidad, y tiemblo delante de su justicia: yo me confundo á la vista de su misericordia, y me deslumbro con los prodigios de su poder; pero en él veo á mi hermano, á mi semejante, asociado en alguna manera con mis pecados, que me defiende, y me preservá de la severidad de la Divina Justicia.

¿Será posible que yo lleve á este Sacrificio un corazon frio y lánguido, sino digo orgulloso y rebelde? Si Jesu-Cristo no renovase este prodigio

sino una sola vez durante mi vida, quizá penetrado de un suceso esperado mucho tiempo, llevaria las preparaciones mas santas, y sacaria los frutos mas sólidos. Qué ¿acaso porque mis frecuentes necesidades, y su infinita misericordia son causa de que produzca á cada instante la misma maravilla, acaso porque pueda todos los dias ofrecer la misma víctima, y aplicar el mismo remedio á mis llagas, me mantendré insensible á mis males, seré indiferente á mis necesidades, é ingrato á la influencia de sus gracias? ¿Me presentaré al Sacrificio con una escandalosa dissipacion, con una indevoción sacrílega? Este prodigio de ingratitud ¿no será todavía mucho mas maravilloso que el de un Dios inmolado por mí? ¡Ah, si estas reflexiones despertasen en nosotros el sentimiento que quizá se halla debilitado por la costumbre misma de asistir y de participar del Sacrificio!

Esforzaos, Cristianos, para tomar en esta accion una parte tan real como la que Jesu-Cristo toma. Si solo en los nombres que la Iglesia atribuye á esta accion, y en sus ceremonias hemos

hallado tantos medios de excitar nuestra fé, ¿quáles no encontraremos en la meditacion de las palabras mismas que constituyen la esencia del Sacrificio? Roguemos pues porque fructifiquen las verdades que acabamos de oír, y nos preparen para las que voy á explicar en el discurso siguiente, á fin de que esta palabra santa no se reciba en vano por nuestra parte, y que no vuelva á Dios sin haber producido en nosotros efectos saludables en el tiempo, y por toda una eternidad. Así sea.

## INSTRUCCION

SOBRE

LAS PALABRAS

## DE LA CONSAGRACION.

EVANGELIO DE SAN JUAN,  
cap. 6. v. 69.

*Tú tienes palabras de vida eterna.*

En el momento que nuestro Salvador acaba de anunciar el gran misterio de que tratamos en estas Instrucciones es quando le da este testimonio al Discípulo amado: estas son en efecto *palabras de vida*, porque Jesu-